

# LAS ALFOMBRAS MAGICAS DE LA AUSTERIDAD

**P**ETROLEO? ¿Dijo usted petróleo? Se nota que viene de Occidente. Hoy en Irán, la máxima preocupación no es ya producir petróleo, sino ver cómo se puede adaptar ese petróleo al Corán. En efecto, ¿para qué servía el petróleo bajo el Sha? Para financiar un sueño: el Irán iba a convertirse en un Eldorado de los negocios, en socio de los grandes, en el nuevo Japón. Por todo el país crecieron edificios comerciales como hongos después de la lluvia; por todas partes surgieron fábricas, y el incremento del PNB llegó a ser de un 14 por 100 anual. Se vio cómo llegaban las armas norteamericanas más sofisticadas, los más lujosos automóviles alemanes, los cuadros técnicos europeos más cualificados. Se vio al Sha comprar la Krupp y recibir a reyes, se vio a Francia, Alemania y Japón pelearse entre sí para vender al Irán más centrales nucleares, más Metros, más pantanos y más industria petroquímica. Todo ello a cambio del dinero del petróleo extraído abundantemente en los terrenos pantanosos del Sur.

Luego, el Irán sufrió violentos y repentinos espasmos. Y vomitó al Sha y todo su sueño tecnológico, vomitó a Occidente. Hoy tiene un mal sabor de boca, una fuerte resaca y el estómago vacío: se han suspendido todos los grandes proyectos industriales, se ha detenido el trabajo en las fábricas; se han bloqueado las importaciones, denunciado los contratos. Han quedado edificios y carreteras a medio construir. Las grúas y las apisonadoras permanecen inactivas. El mundo, estupefacto, observa y aguarda: imposible frenar en seco una economía lanzada a toda velocidad. Habrá paro, escasez general, disturbios...

El programa económico de los consejeros de Jomeini se funda en el regreso a la frugalidad coránica. Pero está el petróleo para financiarlo.

**JOSETTE ALIA**  
(enviada especial)

## Una sorpresa para Vinogradov

No. Todo va bien. Todo va incluso mejor. El país vuelve a vivir. El bazar hace negocios; el comercio funciona; la economía no parece resentirse excesivamente. ¿Qué ha ocurrido? Algo muy simple. Todos los que dirigían los grandes proyectos, los ejecutaban o se beneficiaban de los mismos, acabaron largándose cuando dichos proyectos se suspendieron. En primer lugar, los extranjeros, cuadros técnicos u obreros. De cincuenta mil cuadros norteamericanos, hoy sólo quedan cuatrocientos. De los seis mil franceses, quedan seiscientos. De nueve mil alemanes, también seiscientos. Trescientos británicos, de diez mil. Ochocientos italianos, de quince mil. En total se calcula que cien mil cuadros extranjeros han tenido que abandonar el Irán en menos de tres meses.

Lo mismo ha ocurrido con los obreros, aunque en mayor escala: las grandes industrias daban trabajo a un número relativamente pequeño de iraníes y a muchos más obreros inmigrados, procedentes de Afganistán, Pakistán, Irak y Bahrein. Todos —es decir, un millón de obreros, aproximadamente— fueron rápidamente devueltos a sus casas.

Quedan los hombres de negocios franceses, británicos, alemanes, que acosan a sus embajadas respectivas para tratar de obtener la resolución de importantes contenciosos: en el caso de Francia, por ejemplo, la factura (incluido el importe de las dos centrales nucleares abandonadas) asciende a los once mil

millones de francos. Los embajadores solicitan audiencia de Jomeini y acuden a Oom a sentarse sobre la alfombra del ayatollah y exponer sus quejas. Pero todos ellos se han vuelto más prudentes desde el revés sufrido por Vinogradov: el embajador de la URSS había acudido a la residencia de Jomeini a pedirle que restableciera el funcionamiento de dos gaseoductos que debían suministrar a la URSS importantes cantidades de gas. Pues bien, ¿cuál no sería la sorpresa del soviético al ver que en la sala donde debía celebrarse el encuentro había instaladas cámaras de televisión que iban a encargarse de transmitirlo en directo? Sorpresa que se transformó inmediatamente en consternación cuando Jomeini le comunicó de bote pronto —ante millares de telespectadores— que el suministro de gas seguiría cortado y que la Unión Soviética se estaba portando indignamente con "sus" musulmanes; todo lo que podía prometer Jomeini en materia de cooperación con la URSS era construir allí mezquitas o enviar muchos coranes.

La emisión tuvo un gran éxito. Los embajadores dejaron de solicitar entrevistas. Los japoneses fueron más listos: propusieron al nuevo gobierno iraní borrón y cuenta nueva, que se olvidase del contencioso. Ahora los nipones investigan las posibilidades de invertir en los escasos sectores que siguen abiertos al capital extranjero: electricidad, teléfonos, industrias agro-alimenticias. Con ello, llevarán una manga de ventaja en el caso de que se reanude la carrera de contratos.

Pero, ¿acaso va a reanu-

darse? ¿Quién serán los contratantes? Los capitalistas y los jefes de empresa iraníes, los ricos, las grandes familias han abandonado también el país. Y el movimiento se extiende: ochenta mil iraníes han dejado el Irán en los seis últimos meses. En el aeropuerto, todos los aviones están completos, y familias enteras, rodeadas de maletas y de alfombras cuidadosamente enrolladas, esperan el momento de partir. Una partida que, presienten, será definitiva. La diferencia es que las maletas con destino a París o Nueva York son de cuero, y los tapices de seda, mientras que sólo se ven viejos baúles entre los viajeros que aguardan su traslado a Kuwait, Damasco o Bahrein. Pero en ambos casos, los rostros, tensos, reflejan idéntica ansiedad. El gobierno no se interpone: piensa que de ese modo el futuro régimen encontrará menor oposición en el interior.

Entre la cohorte de hombres de negocios desconsolados, sólo conseguí toparme con un industrial feliz. Me refiero al representante francés de "Camping Gas". Sus clientes no sólo no han abandonado el país, sino que crecen en número: para millares de iraníes el progreso consiste en poder sustituir el brasero por una estufita de butano, y la mariposa de aceite por una lámpara de gas. Algo que el Sha, sumido en sus sueños de occidental educado en Suiza, olvidó demasiado fácilmente... Hoy, si el nuevo régimen quiere sobrevivir, tendrá que pensar en ese Irán, elaborar nuevos proyectos y definir, sobre todo, un nuevo modelo de desarrollo económico.

## Un utopista en el poder

¿Qué nos propone Occidente? La carrera del consumo, de las materias primas, el suicidio a través de la energía. ¿Qué nos propone la Unión

Soviética? Una economía de la escasez, una burocracia todopoderosa, un Estado planificador —dictador—. ¿Por qué limitarnos a esas dos propuestas? Tenemos —e incluimos en este "tenemos" al tercer mundo— tenemos que encontrar una tercera vía. No será fácil. Pero en el Irán contamos afortunadamente con una revolución popular que hace posibles las grandes transformaciones que necesitamos. Abul Hassan Banisadr —la treintena cumplida, voz suave, musulmán militante— es consejero económico de Jomeini y teórico de la revolución islámica. Muchos le tachan de utopista, de partidario de una "economía de alfombra mágica". Pero este utopista está en el poder. Y si uno se molesta en subir a su alfombra mágica, inmediatamente se dará cuenta de la tremenda coherencia de sus planteamientos.

¿Qué prevé Banisadr para el Irán de mañana? Un proyecto en tres puntos:

1.º El punto de partida no debe ser una economía de mercado, de materias primas que se explotan, se compran o venden ("El consumo desenfrenado es lo que provoca la escasez de las materias primas"). En adelante, la economía girará en torno a las necesidades que es preciso satisfacer, y habrá que establecer una distinción drástica entre las necesidades realmente básicas y las que sólo son superfluas. Por ejemplo, ¿cuántos tejidos hay que producir, y de qué tipo? Respuesta: hay que tener en cuenta la protección contra el calor, contra el frío, es todo. El vestido no tiene por qué ser signo de distinción social, cultural o sexual. Los tejidos podrán producirse entonces en grandes unidades industriales con tecnología de punta, lo que rebajará los costes de fabricación y servirá para suprimir todo despilfarro de materias primas.

2.º Esta uniformización de la producción no debe ir acompañada, como ocurre en los países del Este, de una planificación estatal, dictatorial. El error del comunismo consiste en creer que el poder está ligado a la propiedad de los medios de producción. En realidad, el poder está vinculado a la capacidad de deci-



Para los ayatollahs, el petróleo sólo tiene interés en cuanto que puede asegurar el triunfo del Islam.

sión, y es ésta la que hay que descentralizar, disociarla del capital y de la gestión. Serán los consumidores-productores (reunidos en las aldeas o en los barrios de las ciudades) quienes decidan sus necesidades y del tipo de productos que desean.

Sólo así se evitará el riesgo de caer en el comunismo de tipo soviético o en el capitalismo de Estado, aunque algunos sectores esenciales (petróleo, Banca) deben estar evidentemente sometidos a la autoridad de un poder central.

3.º Hay que reconstituir ante todo la agricultura (que, hace unos años era autosuficiente y que hoy registra un enorme déficit) y llevar nuevamente al campo a los "burocratas" —un millón seiscientos mil aproximadamente— secretados por el régimen

del Sha, para que, a su vez, reconstituyan el antiguo tejido rural. ¿Operación Camboya? Sí, dice Banisadr, pero sin metralletas. Sólo con la fe y la persuasión.

Pero antes de llevar a cabo este proyecto, hay otras acciones más urgentes que realizar. Por ejemplo, liberarse de las "cincuenta y siete dependencias" del Irán, todas, o casi todas, ligadas al modelo occidental. ¿Por qué acabar, por ejemplo, esos modernos rascacielos en construcción en Teherán? Es antieconómico: no hará más que acentuar la urbanización de una ciudad desorbitada. Pero destruirlos cuesta demasiado caro. Mejor abandonarlos... Luego habrá que cambiar las estructuras de las importaciones (limitadas a lo estrictamente necesario), de las Bancas (nacionalizadas) y el pre-

supuesto del Estado. Sólo después podrá comenzarse a construir algo nuevo.

## El nervio de la guerra

Este nuevo "modelo islámico" puede considerarse completamente utópico o totalmente sensato. Peligrosamente totalitario o democráticamente autogestionario. En cualquier caso, quienes lo propugnan tienen dos triunfos en su mano; dos triunfos reales: el Islam y el petróleo. El Islam, porque es a la vez religión y —sobre todo— ideología política. El reparto de las riquezas según las necesidades, la prohibición de la usura, la idea de que los productos deben ser propiedad de quienes los cultivan o fabrican, todo ello está en el Corán (¿y qué no está en el Corán?). El islam juega, pues, un papel de palanca popular; puede suscitar una adhesión masiva; en una palabra, puede triunfar allí donde fracasó el marxismo.

Por lo que se refiere al petróleo, las cosas están muy claras: será el nervio de la guerra y nada más que eso. Es decir que el Irán producirá lo menos posible —justo lo que le haga falta— y lo venderá lo más caro que pueda. Bajo el Sha, el Irán producía seis millones de barriles diarios, exportaba cinco y medio y obtenía unos ingresos anuales de veintidós mil millones de dólares.

Este año, la producción ha descendido a cuatro millones de barriles diarios, de los que sólo se exportan tres millones doscientos mil, pero los ingresos previstos antes de la última subida de los precios decidida por la OPEP no han disminuido: veintidós mil millones de dólares. Si se gana tanto produciendo menos, ¿por qué producir más?

No habrá, pues, que contar con el Irán para colmar el déficit ya crónico de Occidente en materia de energía: para los ayatollahs, el petróleo sólo tiene interés en cuanto que puede asegurar el triunfo del Corán. Y el de una revolución que no tiene nada que ver con las otras revoluciones: una revolución que se realiza en nombre de Dios y se financia con toneladas de barriles de oro negro. ■ ● Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO.